

# **LA PRÁCTICA DE LA MISERICORDIA SEGÚN LA ENSEÑANZA DE JESUS PARA HOY**

**Pbro. Lic. Eugenio Lira Rugarcía**

3 aprile 2008  
Basílica de Santa María la Mayor,

Señores cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes y diáconos;  
Respetables miembros de institutos de vida consagrada;  
Hermanas y hermanos todos:

Infinitamente agradecido con Dios y con los organizadores de este Congreso Apostólico Mundial de la Divina Misericordia, tengo la oportunidad de reflexionar, junto con todos ustedes, acerca de “la práctica de la misericordia según la enseñanza de Jesús para hoy”.

## **1. La Divina Misericordia, nuestra esperanza**

“Vengan a Mí todos los que están fatigados y sobrecargados, y yo les daré descanso” (Mt 11, 28). Estas palabras, pronunciadas por aquel que, enviado por el Padre –creador de todas las cosas–, se encarnó por obra del Espíritu Santo para nuestra salvación, siguen resonando en todo el mundo, a través de su Iglesia, atrayendo a hombres y mujeres de distinta raza, edad y condición. Por eso, el gran Papa Juan Pablo II, constataba: “Es verdaderamente maravilloso el modo como la devoción a Jesús misericordioso progresa en el mundo contemporáneo y conquista tantos corazones”<sup>1</sup>.

En nuestros pueblos, es frecuente encontrar por todos lados la preciosa imagen de la Divina Misericordia, muchos rezan la Coronilla, a las tres de la tarde se sumergen en la Pasión del Señor, hacen la Novena, celebran con devoción la Fiesta de la Divina Misericordia, leen el Diario de santa Faustina, y se esfuerzan, con el auxilio de la gracia de Dios, en profesar, proclamar, celebrar y practicar, de muchas maneras, la misericordia divina.

¿Y cómo podría ser de otra manera?; todo ha sido creado, sostenido y recreado por Él y para Él. En Cristo, muerto y resucitado, el universo entero ha dado el salto evolutivo más importante y definitivo, alcanzando la plenitud sin fin.

Por eso, escuchándole y sabiendo quién es Él y qué significa en nuestra vida, en la historia, y para el presente y el futuro de la humanidad y del cosmos entero, nos hemos dado cita en este Congreso Apostólico Mundial de la Divina Misericordia. Habiendo recibido la gracia del Bautismo, venimos como discípulos suyos, desde diversos sitios, a Roma, corazón del cristianismo, para exclamar, en comunión con el Vicario de Cristo, lo mismo que san Pedro: “Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68-69).

Creemos y sabemos que sólo Jesús, Dios verdadero que se hizo verdaderamente hombre, puede hacer nuestra vida plena y eternamente feliz, y que, para entrar en esta dinámica de amor eterno y total, a nosotros toca estrechar con confianza la mano que Él nos tiende; estrecharla con todo

---

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Homilía en la beatificación de Sor Faustina, 18 de abril de 1993.

nuestro ser y con todas nuestras fuerzas, para así, ser verdaderamente discípulos y misioneros suyos, que ayuden a los demás a hacer lo mismo.

## **2. Discípulos y misioneros de la Divina Misericordia**

Somos conscientes de nuestras debilidades y limitaciones. Sin embargo, sabemos que con la ayuda de Dios seremos capaces de entrar en comunión con Él, y de darlo a conocer a los demás. “¿Para qué te estribas en tus propias fuerzas, si esas no te pueden sostener ni darte firmeza alguna?”<sup>2</sup>, pregunta san Agustín, y aconseja: “Arrójate con confianza en los brazos del Señor, y no temas, que no se apartará para dejarte caer”<sup>3</sup>.

Podemos dar testimonio de esto, porque el haber conocido la Misericordia Divina no ha sido fruto de nuestra creatividad, sino del don de la Revelación, que a través de una serie de etapas que alcanzaron su culmen definitivo en Cristo –y que el Señor ha confiado a su Iglesia–, nos ha permitido comprender que el Creador de todas las cosas es un Dios “rico en misericordia” (Ef 2,4); verdad contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, que Jesús ha querido recordar al mundo a través de santa Faustina Kowalska, “portavoz particularmente inspirada de la verdad sobre la Divina Misericordia”<sup>4</sup>, a quien el Señor dijo: “La misericordia es el atributo más grande de Dios... El alma que confía en Mí misericordia es la más feliz porque Yo mismo tengo cuidado de ella”<sup>5</sup>.

¿Cómo ser hoy discípulos y misioneros de Cristo, Divina Misericordia?: dejándonos amar por Él –que en su Palabra y en sus sacramentos nos sale al encuentro–, para poder confiar en su amor indefectible, y así, amarnos rectamente a nosotros mismos, y amar a los demás, con un amor creativo, concreto y activo, escuchando, como dirigidas a nosotros, las palabras de Jesús a santa Faustina: “Te doy tres formas de ejercer misericordia al prójimo: la primera la acción, la segunda la palabra, la tercera la oración. En estas tres formas está contenida la plenitud de la misericordia”<sup>6</sup>.

## **3. A la luz de la Palabra con la fuerza de los sacramentos**

Como discípulos, necesitamos escuchar siempre al Maestro, y fiarnos de su Palabra, contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia<sup>7</sup>, que podemos comprender rectamente y anunciar legítimamente con la guía del Magisterio, especialmente del Catecismo de la Iglesia Católica o de su versión más breve, el Compendio. “Así... también nosotros tenemos una auténtica y personal experiencia de la presencia del Señor resucitado... Esta

---

<sup>2</sup> “Confesiones”, Libro VIII, Capítulo XI, n. 27.

<sup>3</sup> Idem.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, “Memoria e identidad”, Ed. Planeta, México, 2005, pp. 16-17.

<sup>5</sup> KOWALSKA Faustina, “Diario la Divina Misericordia en mi alma”, Association of Marian Helpers, Stockbridge, MA, 2004, nn. 301, 1273.

<sup>6</sup> KOWALSKA Faustina, “Diario la Divina Misericordia en mi alma”, Op. Cit., n. 742.

<sup>7</sup> Autores que van desde la época de los apóstoles hasta el siglo VIII, entre los que destacan san Clemente Romano, san Ignacio de Antioquia, san Ambrosio, san Agustín, san Jerónimo, san Gregorio, san Basilio, san Gregorio Nacianceno, san Juan Crisóstomo y san Atanasio.

es nuestra gran alegría... que nos hace vivir y encontrar el camino hacia el futuro”<sup>8</sup>, afirma el Papa.

“Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano”<sup>9</sup>. Entonces somos capaces de profesar y proclamar su Divina Misericordia, ayudándonos también del Diario de santa Faustina, que por mandato del Señor escribió, y del que Él mismo expresó: “Hija Mía, ¿crees, quizá, que hayas escrito suficiente sobre Mi misericordia? Lo que has escrito es apenas una gotita frente a un océano”<sup>10</sup>.

¡Sí!, la infinita misericordia de Dios se manifiesta plenamente en Jesucristo, quien nos une a sí mismo en la liturgia, para que el Padre, mediante la acción del Espíritu Santo, nos bendiga, al tiempo que le adoramos y le agradecemos, crecemos en la unidad, y somos fortalecidos para testimoniar su amor al mundo<sup>11</sup>. En los sacramentos, Él mismo se arrodilla ante nosotros y, particularmente mediante el Bautismo y la Penitencia, lava nuestros pecados, “para que podamos ser admitidos a la mesa de Dios”<sup>12</sup>, como ha dicho el Papa.

“Oh Jesús Hostia –escribió santa Faustina–...Me das fuerza para avanzar siempre y conquistar el cielo... y tener amor en el corazón por aquellos de los cuales recibo hostilidad y desprecio. Con Tu gracia se puede todo... si no tuviera la Eucaristía, no tendría la fuerza para seguir el camino que me has indicado”<sup>13</sup>.

“El Domingo es el día de la resurrección; es el día de los cristianos; es nuestro día”<sup>14</sup>, decía san Jerónimo. “El Domingo –escribió el Siervo de Dios Juan Pablo II–, es una invitación a revivir la experiencia de los dos discípulos de Emaús, que sentían “arder su corazón” mientras el Resucitado se les acercó y caminaba con ellos, explicando las Escrituras y revelándose al partir el pan (cfr. Lc 24,32.35)”<sup>15</sup>.

¡Cómo necesitamos que nuestros corazones vuelvan a arder, cuando se han enfriado a causa de las crisis, enfermedades, problemas y lutos! “En todos estos sufrimientos y combates no abandoné la Santa Comunión”, comenta santa Faustina<sup>16</sup>, dándonos ejemplo de lo que debemos hacer, conscientes de que, en esos momentos, en la Eucaristía, Jesús nos repite: “Vengan a mí” (Mt 11, 28). Por eso, los apóstoles de la Divina Misericordia debemos empeñarnos en mejorar las celebraciones eucarísticas en nuestras comunidades, observando fielmente las normas litúrgicas.

#### **4. La oración: escuela de confianza y de esperanza**

“Habla con tu Dios, que es el amor y la Misericordia Misma”<sup>17</sup>, exhortó Jesús a santa Faustina. En su obra, “Gesù di Nazaret”, el Papa Benedicto XVI afirma que en Jesús Dios cumple la promesa hecha a Israel de suscitar un

---

<sup>8</sup> BENEDICTO XVI, Audiencia, 3 de mayo 2006.

<sup>9</sup> BENEDICTO XVI, Discurso inaugural a la V CELAM, Aparecida, Brasil, 13 de mayo de 2007, n. 3.

<sup>10</sup> KOWALSKA Faustina, “Diario la Divina Misericordia en mi alma”, Op. Cit., n. 1273.

<sup>11</sup> Cfr. Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 221 y 223.

<sup>12</sup> BENEDICTO XVI, Homilía en la Santa Misa in Cena Domini”, 13 de abril de 2006.

<sup>13</sup> KOWALSKA Faustina, “Diario la Divina Misericordia en mi alma”, Op. Cit., nn. 1620, 91.

<sup>14</sup> SAN JERÓNIMO, “In die dominica Paschae II”, 52: CCL 78, 550.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, Carta Ap. “Dies Domini”, n. 1.

<sup>16</sup> KOWALSKA Faustina, “Diario la Divina Misericordia en mi alma”, Op. Cit., n. 105.

<sup>17</sup> Ibid., n. 1486.

profeta, un nuevo Moisés, de quien la característica esencial no son los prodigios que se narran de él, sino el hecho de que hablaba con Dios como el amigo con el amigo<sup>18</sup>. Ese es precisamente el punto decisivo de Jesús: Él ha visto a Dios<sup>19</sup>, y es de esa comunión con el Padre –a quien ora constantemente–, de donde mana toda su fuerza para vivir, para enseñar, para actuar, y hasta para sufrir<sup>20</sup>.

Por eso Jesús nos ha enseñado a orar, haciéndonos comprender que quien reza “no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo”<sup>21</sup>.

Cuando veneramos la imagen de la Divina Misericordia<sup>22</sup>, rezamos la Coronilla<sup>23</sup>, rogamos a las tres de la tarde su misericordia<sup>24</sup>, hacemos la Novena<sup>25</sup>, celebramos la Fiesta<sup>26</sup>, y oramos, estamos confesando que Dios existe, que es un ser personal con quien podemos entrar en comunión; que es el mismísimo Amor y Sabiduría suprema, a quien podemos llamar confiadamente “Padre”, porque en Cristo, que dando su vida nos ha comunicado al Espíritu Santo, nos ha convocado en la unidad de su Iglesia, y nos ha hecho hijos suyos, partícipes de vida divina, por la que, llegando a la plenitud de nuestro ser, alcanzamos la eternidad.

¡Ese es el Dios en el que creemos y al que oramos!; un Dios que es razón, voluntad y amor<sup>27</sup>, y que, mirándolo todo en su dimensión más profunda, global y definitiva, sabe perfectamente lo que hace, cuándo lo hace y cómo lo hace. En cambio, nuestros sentidos, emociones e inteligencia sólo captan una parte de la realidad, por lo que son imperfectos y limitados. Entonces, ¿sería sensato pretender decirle qué debe hacer, cuándo y cómo hacerlo?

Todo lo que Él hace y permite, lo hace y lo permite para llevarnos a la plenitud del ser. De ahí que al orar, también supliquemos la gracia de su Espíritu para que, como Cristo, seamos capaces de ser lo que debemos y hacer lo que nos corresponde para alcanzar lo que Él nos ofrece, escuchando aquello que la Divina Misericordia señaló a santa Faustina: “No tomes estas gracias solamente para ti, sino también para el prójimo... A través de la oración intermediarás entre la tierra y el cielo”<sup>28</sup>. ¡No olvidemos orar también por nuestros difuntos!, haciendo caso al consejo de Jesús a su Secretaria: “Has uso de todas las indulgencias del tesoro de mi Iglesia”<sup>29</sup>.

## **5. Creer es confiar en quien me sostiene y me regala un amor indestructible**

---

<sup>18</sup>Cfr. Ex 33,11.

<sup>19</sup>Cfr. Jn 1,18.

<sup>20</sup>Cfr. BENEDICTO XVI, “Gesù di Nazaret”, Ed. Rizzoli, Italia, 2007, pp. 21-28.

<sup>21</sup>BENEDICTO XVI, Enc. “Deus caritas est”, n. 37.

<sup>22</sup>Cfr. KOWALSKA Faustina, “Diario la Divina Misericordia en mi alma”, Op. Cit., n. 47.

<sup>23</sup>Ibid., n. 476.

<sup>24</sup>Ibid., n. 1320.

<sup>25</sup>Ibid., n. 1209.

<sup>26</sup>Ibid., n. 49.

<sup>27</sup>BENEDICTO XVI, Enc. “Spe salvi”, n. 5.

<sup>28</sup>KOWALSKA Faustina, “Diario la Divina Misericordia en mi alma”, Op. Cit., nn. 294 y 438.

<sup>29</sup>Ibid., n. 1226.

Así, debidamente “entrenados”, seremos capaces de confiar en Jesús, conscientes de que esta confianza no es una especie de “droga” para dejar de sentir dolor o para huir de la realidad; tampoco es una negociación mágica para intentar que las cosas resulten como nosotros queremos.

Confiar en Dios es unir mi mano a la que Él me tiende, sabiendo que todo está en las suyas; que lo que manda o permite es para mi salvación eterna y la de los demás, y así creer y esperar en el amor indestructible que me ofrece, que es cercanía, comprensión, compañía, ayuda, consuelo, luz, guía y fortaleza, que me permite ver la realidad en su dimensión global, para lanzar una mirada hacia el futuro definitivo que me aguarda, enseñándome lo que debo hacer, para que, descubriendo el sentido de la existencia, de la dicha, del dolor y de la muerte, pueda dirigirme con todo mi ser a la meta que Dios nos tiene reservada, aprovechando incluso los vientos contrarios, con la convicción de que “todo coopera al bien de los que aman a Dios” (Rom 8,28)<sup>30</sup>.

La noche del 14 de abril de 1912, el “Titanic”, que había sido presentado como un barco “insumergible”, se hundía en las heladas aguas del Atlántico norte, tras chocar con un iceberg<sup>31</sup>. De sus 2,227 pasajeros, únicamente 705 sobrevivieron. Al imaginar aquellas horas, pienso: ¿qué significaba para esas personas un trozo de madera?: ¡Todo!; la diferencia entre hundirse para siempre en las oscuras y frías aguas, o permanecer a flote con la esperanza de sobrevivir. El teólogo Joseph Ratzinger escribió: “Lo único que sujeta (al creyente) es un madero (la cruz)... que pende sobre un abismo... Sólo un madero le amarra a Dios, pero... le amarra inexorablemente y él sabe que, al fin y al cabo, el madero es más fuerte que la nada”<sup>32</sup>. Por eso, el Papa Juan Pablo II afirmó: “Cuando todo se derrumba alrededor de nosotros, y tal vez también dentro de nosotros, Cristo sigue siendo nuestro apoyo indefectible”<sup>33</sup>.

## **6. Ser apóstoles de la Divina Misericordia es llevar esperanza al mundo entero**

En la actualidad, muchos viven confundidos por ideologías que les hacen ver la realidad sólo en su dimensión superficial e inmediata. Así, asombrados ante la belleza del mundo y de los grandes avances de la humanidad, se quedan en ellos, sin llegar a su causa: Dios, de quien prescinden, creyendo que sólo tiene valor y poder lo que es útil para ofrecer al individuo un bienestar físico, material y emocional en esta tierra, con lo que terminan por no respetar su propia naturaleza ni desarrollarla en su integridad, degradándose y degradando a otros, rodeándose de cosas que no pueden llenar, fugándose en ideologías, diversiones insanas, y prácticas supersticiosas, en lugar de enfrentar responsable y adecuadamente la vida, arriesgándose a perderse por toda la eternidad. Por eso, los apóstoles de la Divina Misericordia debemos testimoniar lo que san Gregorio Magno

---

<sup>30</sup> Cfr. LIRA Rugarcía Eugenio, “¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”, Ed. Centro Internacional de Difusión de la Divina Misericordia, Puebla, 2008.

<sup>31</sup> El Titanic, de la White Star Line, fundada en 1850 y adquirida en 1902 por el banquero estadounidense J. P. Morgan, como el Olympic y el Britannic, fue presentado “insumergible”.

<sup>32</sup> RATZINGER Joseph, “Introducción al cristianismo”, Ed. Sígueme, Salamanca, 2001, p. 43.

<sup>33</sup> JUAN PABLO II, “Memoria e Identidad”, Ed. Planeta, México, 2005, p. 170.

enseñaba así: “No nos dejemos seducir por la prosperidad, ya que sería un caminante insensato el que, contemplando la ameneidad del paisaje, se olvidara del término de su camino”<sup>34</sup>.

Otros, en pleno siglo XXI, todavía sostienen la idea de que sólo es real lo que puede conocerse a través de las ciencias formales (las matemáticas y su lógica) y los procedimientos de control empírico, con lo que afirman que la fe es irracional, ya que la existencia de Dios no puede ser “probada”, y que de existir, no es posible saber con certeza como es.

Ante esta visión reduccionista, debemos testimoniar que la realidad es más amplia, y que a cada orden de fenómenos corresponde un método propio de conocimiento, lo que permite hablar legítimamente de experiencia humana, moral, y religiosa<sup>35</sup>, la cual, al provenir de la comprensión de la verdad, no es irracional ni se opone a la ciencia, sino que la enriquece al permitirle acceder a la realidad completa a través de una vía de conocimiento que llega al fondo de todo fenómeno, y que le confiere pleno significado y sentido. De esta manera, fe y razón, ciencia y religión se complementan.

También los discípulos y misioneros de Cristo debemos testimoniar la misericordia de Dios frente al drama del dolor. “No hay nada tan constante como el sufrimiento: él siempre hace fielmente compañía al alma”<sup>36</sup>, afirmaba santa Faustina.

Ante esta experiencia, algunos han optado por rechazar a Dios, y otros, han decidido lo que el novelista francés Marie Henri Beyle, “Stendhal” (1783-1842) expresó así: “La única excusa de Dios es que no existe”<sup>37</sup>. Quien opina de esta manera, llega entonces a concluir que sólo hay que preocuparse por lo que considera la “única” realidad: lo material. Así lo dirá Carlos Marx (1818–1883): “tras la superación del más allá de la verdad, la tarea de la historia es establecer la verdad del más acá”<sup>38</sup>.

Estas frases expresan la confusión del hombre que, herido por el dolor, se desahoga y se queja al no poder comprender el porqué y el para qué de algo que no puede evitar. Pero son sólo una queja sin solución, que además de no cambiar la realidad del sufrimiento, mutila al ser humano al despojarle de su dimensión espiritual y proponerle únicamente un bien material, que, de llegar, además de ser sólo para unos pocos, no satisface, ni dura para siempre. El rechazo y la negación de Dios deja solo al ser humano frente al dolor, y le obliga a sufrir por sufrir, sin sentido y sin una meta que alcanzar.

Sin embargo, tanto la lógica de la razón como la del corazón nos dan la certeza de que la persona humana es algo más; que su ser y su vida tienen sentido, y que no se encamina al terrible vacío de la nada. Así lo testimonió Clive Staples Lewis (1898-1963), experto en literatura medieval, que luego de proclamarse ateo por muchos años se convirtió al cristianismo. “Las criaturas no nacen con deseos a menos que exista la satisfacción de esos deseos – escribió—. Si encuentro en mí mismo un deseo que nada en este mundo puede satisfacer, la explicación más probable es que fui hecho para otro mundo... debo cuidarme, por un lado, de no despreciar nunca o de desagradecer estas bendiciones terrenales, y por otro... hacer que el

---

<sup>34</sup> SAN GREGORIO, Homilía 14, 3-6: PL 76, 1130.

<sup>35</sup> Cfr. JUAN PABLO II, MESSORI Vittorio, “Cruzando el umbral de la esperanza”, Ed. Plaza & James, Barcelona, 1994, pp. 53-55.

<sup>36</sup> KOWALSKA Faustina, “Diario la Divina Misericordia en mi alma”, Op. Cit., n. 227.

<sup>37</sup> Citado por CAMUS Albert, “Nietzsche y el Nihilismo”, en “El hombre rebelde”, Ed. Losada, Buenos Aires, 1975.

<sup>38</sup> MARX Karl, “Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel”, Ed. del Signo, Buenos Aires, 2001, Introducción.

principal objetivo de mi vida sea seguir el rumbo que me lleve a ese país y ayudar a los demás a hacer lo mismo”<sup>39</sup>.

## 7. Constructores entusiastas de la “civilización del amor”

Los apóstoles de la Divina Misericordia debemos ser testigos de esta esperanza, “descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente... Esta mirada... encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad”<sup>40</sup>.

Además, esta es una mirada de esperanza en “un cielo nuevo y una tierra nueva”<sup>41</sup>, que permite comprender que la historia avanza hacia su meta definitiva. Y, aunque dirigida al futuro, esta convicción invita al cristiano al trabajo y a la misión, para que el Reino se haga presente ya ahora, en su familia y en la sociedad, mediante la instauración de las Bienaventuranzas, capaz de suscitar actitudes eficaces de justicia, paz, solidaridad y perdón<sup>42</sup>. “El cristiano cree en Dios y por eso cree también en el futuro del mundo... porque sabe que existe un sentido... se entrega alegre y resueltamente a trabajar en la historia”<sup>43</sup>.

“Hay tanto sufrimiento, tanto odio, tanta miseria –decía Madre Teresa de Calcuta (1910-1997)–, y nosotros con nuestra oración, nuestro sacrificio, debemos hacer algo... Quiero que encuentres al pobre, primero, en tu propio hogar, y empieza amando ahí. Lleva esa buena nueva a tu propia gente. Así... el amor se extenderá cada vez más... en nuestro país y en el mundo”<sup>44</sup>.

María Santísima, que con su “sí” confiado a la iniciativa divina se unió admirablemente a la misión del Redentor como discípula suya, se acerca a nosotros, y nos da el gran consejo: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5). ¡No tengamos miedo! Si esperamos a que todo sea perfecto para decidirnos, quizá nunca hagamos nada. Jesús comenzó en la humildad de un pesebre (cfr. Lc 2,7), y no se detuvo ante la escasez (cfr. Lc 9,58), la incompreensión (cfr. Mc 6,1-6) o la adversidad (cfr. Jn 19,15ss). Implorando la ayuda de Dios, por intercesión de la Madre de la Divina Misericordia, de santa Faustina, y de todos los ángeles y santos, haciendo bien lo que nos toca, podremos escuchar del Señor, cuando llegue la hora, aquellas palabras de victoria: “¡Bien, siervo bueno y fiel!... entra en el gozo de tu señor” (Mt 25,21).

---

<sup>39</sup> LEWIS, “Mero Cristianismo”, Ed. Rialp, Madrid, 2001, pp. 148 y 149.

<sup>40</sup> Cfr. Juan Pablo II, Enc. “Evangelium Vitae”, n. 83.

<sup>41</sup> Ap 21, 1.

<sup>42</sup> JUAN PABLO II, Exh. Ap. “Vita consecrata”, n. 27.

<sup>43</sup> RATZINGER Joseph, “Introducción al cristianismo”, Op. Cit., p. 296.

<sup>44</sup> MADRE TERESA DE CALCUTA, Mensaje enviado al Congreso “Los jóvenes al servicio de la Vida y de la Paz”, 12 de diciembre de 1988.